

LA COBARDIA DEL OPTIMISMO

H E dicho y subrayado que este final del Concilio no es sino un comienzo. Un comienzo que puede conducir al éxito o al fracaso del mismo.

«Sólo los necios y los torpes se atreven a emprenderlo todo, sin pensar que pueden fracasar», dijo Santo Tomás hace siete siglos. Por eso tenemos que enfocar todo inteligentemente. No debemos refugiarnos en el mundo de lo espiritual como si la oración lo resolviera todo. Nosotros podemos caer —en nuestro país— en la tentación del optimismo fácil y beato de creer que todas las cosas se arreglarán si tenemos buen espíritu. Pero fue Pío IX el que nos desengañó de una vez para todas condenando la actitud pasiva de los creyentes: «Creo —dijo este Papa— que en muchos sitios y diversos países se coloca toda la confianza únicamente en las oraciones, esperando que ellas solas consigan el fin de los males. Pero, ¿cuándo veremos el día que se ponga fin a las tribulaciones?... Cuando las obras vayan a la par con la piedad que se despliega en la Iglesia» (alocución del 8 de diciembre de 1873).

En una palabra, «es preferible instruirse que ofrecer sacrificios como los imbéciles, que no se dan cuenta de cuándo hacen mal» (libro del Eclesiastés).

Un pensador occidental bien discutido, Oswald Spengler, afirmó que «el optimismo es cobardía». Y nosotros —después de tanta experiencia lamentable del mundo de hoy— tenemos que repetirlo con él, precisamente para evitar el fracaso de los necios y los torpes que no analizan con sinceridad descarnada la realidad, y sus posibilidades futuras.

A los católicos se nos avecina una época difícil. Difícil por tres razones: 1) porque hemos de esforzarnos todos por aplicar (y no sólo los jerarcas de la Iglesia) los decretos del Concilio: los seculares no somos «bueyes mudos», como le llamaban sus compañeros de estudios al Santo de Aquino cuando todavía carecía de experiencia; 2) porque hemos de luchar contra la rutina y la comodidad de quienes están bien asentados en sus cómodas posiciones; 3) porque a los verdaderos católicos no se les ha prometido el éxito espectacular e inmediato, sino una victoria dura y a largo plazo, tras mucho esfuerzo.

Oigo voces amigas por todos los lados, que se inquietan por el futuro del catolicismo. Y creo que con toda razón. Porque hemos vivido una época de lucha triunfante —la del Concilio y sus decretos excelentes— que ha podido hacernos olvidar la tarea que nos queda por hacer.

El catolicismo no es grande porque afirma grandes verdades teóricas; sino porque sepa «denunciar todo lo que hay de contrario a la naturaleza en una situación social» (Pío XII). Bien están las palabras, bien los discursos y declaraciones. Pero lo que la gente pide es que nos comprometamos más: que sepamos recordar valientemente, con la palabra y el ejemplo, lo que

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

va contra la dignidad personal y cristiana, en un determinado momento histórico del mundo actual.

En una palabra: los cristianos hemos de ser más valientes.

L OS espíritus agudos observan que... en el cristianismo occidental van desapareciendo los grandes sentimientos humanos...: muchos hombres débiles y enclenques se han refugiado en los campos sagrados de la piedad cristiana», dijo hace pocos años un teólogo católico germano. Cualquier criterio de falsa prudencia nos hace retrarnos o ser indecisos. Y, sin embargo, el mundo todavía espera de nosotros otra actitud. Pero, ¿por cuánto tiempo?

Sin duda el Concilio se ha hecho eco —con sinceridad y nobleza— de los «signos de nuestro tiempo». Ha sabido comprender sus inquietudes y deseos. No es el Concilio el que ha producido el avance que en él se ve expresado; sino que en el mundo católico había muchos creyentes que esperaban esto y luchaban por ello. El Concilio no ha hecho sino recoger esta realidad ya existente, y darle su refrendo autorizado.

Pero es preciso que no nos pase como con la figura de Pío XII. Que todo el mundo alabase sus enseñanzas, y nadie se decidiese a ponerlas en práctica en su tiempo. Por eso da la sensación de haber sido un fracasado, cuando es noble reconocer que sus intuiciones —desperdigadas en sus innumerables y elegantes discursos— hubiesen podido salvarnos de la pereza y el aburguesamiento en que nos ponían nuestras costumbres demasiado cómodas de católicos, cumplidores de leyes eclesíásticas y civiles.

Durante el reinado del nazismo alemán se dieron sin embargo algunos testimonios cristianos que deberían servir de modelo para el mundo actual. Creyentes insobornables que, sin «victimismos» ni alharacas, supieron mantenerse firmes en sus principios humanos y cristianos de respeto a todo hombre. Fueron los que nos enseñaron, de una vez para siempre, a preferir la libertad del espíritu a la eficacia inmediata.

Es lo mismo que dice Simone de Beauvoir por boca de uno de sus personajes, de su obra teatral genial, en la que se plantea el drama del asedio de una ciudad medieval: «si los viejos y los enfermos son bocas inútiles, ¿por qué no juzgaría un tirano que vuestras libertades son inútiles y vuestras vidas inoportunas? Si un solo hombre puede ser mirado como un desecho, cien mil hombres juntos no son más que un conjunto de basura».

Por eso «ni siquiera el filósofo puede encerrarse en una torre de marfil; ni puede evitar relaciones con los problemas humanos...», en razón de los mismos valores que la filosofía tiene que defender... Tiene que **SIGUE**



SIDRA CHAMPAN

El Gaitero

Famosa en el mundo entero

VILLAVICIOSA (ASTURIAS)



BRON - publicidad



expresión
de
buen
gusto



LA COBARDIA DEL OPTIMISMO

dar testimonio de estos valores cada vez que son atacados: como en tiempo de Hitler cuando las insanas teorías racistas sirvieron para provocar el asesinato en masa de los judíos... Ni siquiera los filósofos pueden evitar el correr riesgos cuando la Justicia y el Amor están en peligro» (Jacques Maritain).

¿Y cuánto más la Iglesia, y nosotros los cristianos que la componemos?

ESTO nos ha de llevar necesariamente a una nueva actitud: la que se deriva del concepto de que la prudencia exige el riesgo. «El cazador prudente es... el que, con la rapidez del relámpago, y casi sin apuntar, dispara y mata» (Mons. Rusch, Obispo de Salzburgo).

No podemos estar siempre cediendo ante las presiones de los demás, creando un cristianismo de medianías y complacencias. No podemos estar combatiendo la libertad religiosa por temor a las consecuencias que produzca la ignorancia que nosotros hemos fomentado cómodamente.

Hemos criado cristianos obedientes; pero no cristianos justos. La osadía es un pecado hoy en día, el coraje una exageración.

Nuestra máxima preocupación ha sido crear barreras; proteger a los católicos de cualquier influencia exterior. Hemos hecho creyentes de invernadero.

Cuando más, a veces, les hemos excitado a la violencia física; olvidando que «la fortaleza no consiste sino en vencer con la fuerza de la razón» (Santo Tomás). Y eso es lo que exige valentía de verdad.

¿Que el catolicismo quizá no pueda así contarse por centenares de millones de individuos; sino por la fuerza del fermento que pone en unos pocos? Observemos con tristeza lo que ha pasado hasta ahora: «El número de cristianos ha crecido, pero el nivel espiritual y moral ha bajado» (Max Pribilla, S. J.).

CUIDADO con los triunfalismos. Cuidado con las proclamaciones exteriores. Cuidado con las banderas, pancartas e insignias. El cristianismo no es valiente porque llevemos un libro de misa en la mano. Lo es porque sepamos ser insobornables con nuestra conciencia. ¿No es acaso «la norma inmediata de nuestra vida la conciencia», como afirmó el Padre Bliakast, y la hizo carne de su carne cuando la invasión nazi de su región?

¿Cuántos cristianos recuerdan en la práctica este principio de todos los libros de moral católica?

La verdad es que no sólo los de fuera tienen una imagen deformada de la Iglesia, sino también muchos de dentro. Esto le hizo incluso clamar a San Agustín, «¡cuántas ovejas hay fuera, y cuántos lobos dentro!».

Hay quienes intentan deformar nuestro juicio —yo no digo de mala fe, sino equivocadamente— haciendo de nosotros unas pobres víctimas del legalismo religioso, como quisieron hacer los fariseos con los judíos del tiempo de Cristo.

La ley exterior debe favorecer y fomentar esta libertad del Espíritu en nosotros, y no apagarla como algunos quieren. ¿No he oído yo a un prominente católico que el pasaje de la Constitución dogmática sobre la Iglesia, que habla del respeto que merece la acción del Espíritu en los cristianos, es una doctrina peligrosa?

¿Qué es el catolicismo: lo que dice la Iglesia universal?, o lo que deducen de textos malinterpretados, los abusivos «detentadores» de la ortodoxia, y los que se hacen sus «campeones» sin autoridad alguna para ello?

EXISTE como un miedo pánico a la libertad en algunos creyentes. Les parece que todo va a hundirse si no ponemos contrafuertes en todos los muros de contención que ellos han construido.

A éstos les recomendaría la lectura de un libro decisivo de un moderno psiquiatra, Erich Fromm. Se titula expresivamente: «El miedo a la libertad».

Y entonces comprenderían que el miedo no se lo produce la realidad exterior ni el peligro que creen ver, sino que en ellos «el miedo reside continuamente escondido en un rincón del alma, y espera el momento de salir de su escondrijo para hacer de las suyas» (Max Pribilla, S. J.).

Que el Concilio no nos sirva de engaño. Que no vuelva a convertirse en una barrera de impedimentos, sino que abra —como los Obispos del universo han proclamado en alta voz— nuevas perspectivas, y las ventanas no se cierren por arte de quienes son víctimas de su propio miedo personal.

INOXCROM junto a usted



...en estas fiestas

Confíe a INOXCROM
sus mensajes
en estas fiestas.
Su escritura suave
y perfecta
dará calor a sus deseos
de felicidad.

Y recuerde
¡que maravilloso
regalo es una pluma
INOXCROM!

INOXCROM

Reflejará su personalidad *

